

**Tomar medidas con respecto a nuestro corazón  
para el crecimiento de la semilla divina de vida en nuestro interior  
hasta que alcancemos la madurez en vida con miras al edificio de Dios en vida (1)**

Lectura bíblica: Mt. 5:8; 13:3-9, 18-23; Pr. 4:23; Jer. 32:39; Ef. 3:16-17

**I. Debemos tomar medidas con respecto a nuestro corazón a la luz de la presencia del Señor para el crecimiento de la semilla divina de vida en nuestro interior hasta que alcancemos la madurez en vida; el corazón es el conglomerado de las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su agente en funciones:**

- A. Nuestro corazón es una composición formada de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Hch. 11:23; Jn. 14:1; 6:22)—más una parte de nuestro espíritu: la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
- B. Ejercitar el espíritu sólo funciona cuando nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, el espíritu queda encarcelado en su interior y no puede manifestar su capacidad—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8.
- C. El alma es la persona misma, mientras que el corazón es la persona en acción; el corazón es el agente en funciones, el comisario en funciones, de todo nuestro ser.
- D. Las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico; del mismo modo, nuestro vivir diario, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tenemos.
- E. El corazón es la entrada y la salida de la vida, el “interruptor” de la vida; si el corazón no está bien, la vida en el espíritu encuentra impedimentos, y la ley de vida no puede operar libremente y sin obstáculos para alcanzar cada parte de nuestro ser; aunque la vida posee gran poder, este gran poder es controlado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.

**II. Nuestro crecimiento en vida edifica la iglesia como Cuerpo de Cristo, lo cual ocurre por el crecimiento de Cristo como semilla de vida en nuestro corazón (1 Jn. 3:9; 1 P. 1:23; Col. 2:19; Ef. 2:21; 4:15-16; Mt. 13:18-23); necesitamos cooperar con el Señor al tomar medidas con respecto a nuestro corazón a fin de que éste sea guardado con las siguientes características:**

- A. Dios quiere que nuestro corazón sea suave:
  - 1. Cuando Dios aplica Su trato a nuestro corazón, Él quita de nuestra carne el corazón de piedra y nos da un corazón de carne, un corazón suave—Ez. 36:26.
  - 2. Ser suave significa que nuestro corazón es sumiso y cede ante el Señor; que no es de dura cerviz ni rebelde—cfr. Éx. 32:9.
  - 3. Un corazón suave es la buena tierra en la cual Cristo puede crecer libremente; es un corazón que no ha sido endurecido por el tráfico mundano, que no busca su propio beneficio y que está libre de las preocupaciones de este siglo y del engaño de las riquezas—Mt. 13:3-9, 18-23.
  - 4. Dios suaviza nuestro corazón al usar Su amor para conmovernos; si el amor no puede conmovernos, Él utiliza Su mano por medio del entorno a fin de disciplinarnos hasta que nuestro corazón se vuelva suave—2 Co. 5:14; 4:16-18; He. 12:6-7; cfr. Jer. 48:11.
- B. Dios quiere que nuestro corazón sea puro:
  - 1. Un corazón puro es un corazón que ama a Dios y desea a Dios; además de Dios, no tiene ningún otro amor, interés ni deseo—Mt. 5:8; Sal. 73:25; cfr. Jer. 32:39.
  - 2. Nuestro corazón debería ser sencillo para con Dios, de modo que no tengamos temor de nada, excepto ofenderlo a Él y perder Su presencia—Sal. 86:11; Is. 11:1-2.

3. Ser puros de corazón consiste en tener como única meta hacer la voluntad de Dios para la gloria de Dios; nuestra meta debería ser el pleno disfrute de Cristo y ganarlo a Él—Fil. 3:7-14.
  4. Debemos ir en pos de Cristo “con los que de corazón puro invocan al Señor”—2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:5; Sal. 73:1.
- C. Dios quiere que nuestro corazón sea amoroso:
1. Un corazón amoroso es un corazón cuya parte emotiva ama a Dios, desea a Dios, tiene sed de Dios y anhela a Dios, al tener una relación personal, afectuosa, privada y espiritual con el Señor—42:1-2; Cnt. 1:1-4.
  2. Debemos volver nuestro corazón al Señor una y otra vez y dejar que sea renovado continuamente a fin de que nuestro amor para con el Señor sea nuevo y fresco—2 Co. 3:16.
  3. Toda experiencia espiritual comienza con amor en el corazón; si no amamos al Señor, es imposible recibir alguna experiencia espiritual—Ef. 6:24; Ap. 2:4-5.
  4. Nuestro amor por el Señor nos hace aptos, nos perfecciona y nos equipa para hablar por el Señor con Su autoridad; si amamos al Señor al máximo, seremos llenos de Él y Él rebosará de nosotros—Jn. 21:15-17; Mt. 26:6-13; 28:18-20.
- D. Dios quiere que nuestro corazón esté en paz:
1. Un corazón en paz es un corazón en el cual la conciencia está libre de ofensas, condenación y reproches—Hch. 24:16; 1 Jn. 3:19-21; He. 10:22.
  2. Si confesamos nuestros pecados a la luz de la presencia de Dios, recibiremos Su perdón y Su limpieza de modo que podamos disfrutar una comunión ininterrumpida con Dios al tener una conciencia buena y pura—1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5; 3:9.
  3. El resultado de practicar tener comunión con Dios en oración es que disfrutamos la paz de Dios, la cual en realidad es Dios mismo como paz que monta guardia sobre nuestros corazones y pensamientos en Cristo, con lo cual nos mantenemos calmados y tranquilos—Fil. 4:6-7.
  4. Necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones al perdonarnos unos a otros a fin de vestirnos de un solo y nuevo hombre—Col. 3:13-15.